

ardiente de vuestra caridad, que triunfe de nuestras pasiones y de los violentos ataques de la concupiscencia; que nos haga dóciles á vuestros preceptos, compasivos de nuestros hermanos, solícitos de nuestra salud, zelosos de vuestra honra y gloria, para que viviendo y muriendo en gracia vuestra, merezcamos acompañaros en la eterna felicidad. Amen. DIXE.

\*\*\*\*\*

## SERMON VII.

Para el dia de la Ascension.

*Videntibus illis elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Act. Apost. c. I.*

Jesucristo se elevó á los cielos á presencia de sus discípulos, y una nube le ocultó á sus ojos.

### SEÑORES:

El misterio de la Ascension gloriosa de nuestro Salvador, que la Iglesia propone en este dia á los ojos de nuestra fe, es sin duda el mas propio á excitar y fortificar nuestra piedad. En efecto, ¿qué espectá-

culo mas edificante, que ver por fe á Jesucristo, que acompañado de sus discípulos, y á vista de ellos se eleva sobre las alas de los vientos, y cargado de despojos de la muerte y del infierno, penetra hasta lo mas alto de los cielos, para colocar á la diestra del Padre aquella sagrada porcion de nuestra carne, que habia tomado para que fuese objeto eterno de nuestras adoraciones despues de haberla ofrecido por víctima de nuestra salud? ¿Cuál seria nuestra admiracion, si disipada la nube de la fe, viesemos el triunfo con que entró en el cielo el Rey de la gloria? ¿Qué multitud de cautivos, libres ya de las prisiones subterráneas, en que por tantos siglos estaban detenidos, no siguen el carro de su libertador! ¿qué de almas inocentes, que desde Abél justo hasta aquel momento, por fieles á la ley de Dios, y santificadas por su gracia, salen del limbo de los padres,

para acompañar el triunfo de su Redentor, y entrar en su gloria, segun la diversidad de sus méritos! Alzaos, puertas eternas, dirian, y entrará el Rey de la gloria triunfante de todos sus enemigos, y manifestando en el esplendor de las cicatrices ó señales de su pasion el estrecho enlace que tienen las aflicciones de esta vida mortal con la gloria futura.

En efecto, señores, si fué conveniente que padeciese Cristo, para entrar así en su gloria, segun su mismo oráculo; si no fué coronado el Gefe sino despues de haber sido crucificado; ¿cómo podremos nosotros subir con Jesucristo al cielo sin haber subido antes con él al calvario? ¿Cómo podremos participar del torrente de sus delicias sin haber antes gustado el cáliz de su pasion? Deberá por ventura el discípulo ir por senda distinta de la de su Maestro? De aquí, señores, se infieren dos le-

gítimas consecuencias, que me servirán de materia para vuestra instruccion. Primera, que las aflicciones de esta vida deben fortalecer nuestra esperanza de subir al cielo con Jesucristo. Segunda, que esta misma esperanza debe fortalecer nuestra paciencia en los trabajos de esta vida: dos breves reflexiones dignas de esta cátedra y de vuestra atencion. Imploramos las luces del Espíritu Santo por la eficaz proteccion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

*Videntibus illis. Sc.*

Para comprehender bien la materia que os he propuesto, debéis traer á la memoria aquel gran principio de S. Agustin; á saber, que nombrando á Jesucristo en el sentido místico, no solo entendemos la Cabeza, sino

tambien los miembros; esto es, no solo la persona adorable del Verbo, sino todos los electos que ha habido y habrá desde el principio hasta el fin del mundo. Él reyna en el cielo con sus miembros, á quienes ya ha coronado, y gime asimismo sobre la tierra con sus miembros, que sufren aún y combáten. Como hace bienaventurados á los de la patria por la gloria que les comunica, hace á los de acá santos por la influencia de su gracia.

Este cuerpo místico en efecto no estará completo hasta la consumacion de los siglos, cuando todos los miembros predestinados, unidos con su Cabeza, concurren, como dice el Apóstol, á formar el hombre perfecto y la plenitud de Jesucristo. Esta es la venida del Reyno que pedimos á Dios en la oracion del *Padre nuestro*; porque el Hijo adorable, á quien fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra, rodeado de los

ángeles y de todos los electos, que compondrán este Reyno eterno, hará un digno homenage á su Padre celestial: *Cum tradiderit regnum Deo, et Patri*. Entonces la Esposa y el Esposo; es decir, la Iglesia y Jesucristo formarán un sólo hombre, segun la expresion del mismo Apóstol. Entonces, repito, se celebrarán las bodas del Cordero con la magnificencia digna de la Esposa y del Esposo. Entonces, para decirlo de una vez, nuestra naturaleza, lavada y purificada de todas sus manchas con la Sangre del Cordero, gozará plenamente toda la gloria de su divina alianza.

¿Y cuál, os ruego, es el principio de este glorioso estado sino la Ascension de Jesucristo? Como es el último de sus misterios, es tambien el sello. Jesucristo murió, dice el Apóstol, para nuestra redencion; resucitó para nuestra justificacion, y subió á los cielos para nuestra glori-

ficacion. Ya habia dicho á los Apóstoles, que iba á prepararles el lugar. Como Primogénito entre todos sus hermanos, dice el Crisóstomo, llevó al cielo las primicias de nuestra naturaleza, y tomó posesion de la herencia celestial, para que los demas fueran despues participantes de ella. Este Sanson divino, rotas las ligaduras de los filisteos, y quebradas las puertas del infierno y de la muerte, las llevó hasta la montaña, para que fuesen un trofeo eterno de su victoria. Subió al cielo con sus llagas, á fin de que el precio de nuestra redencion, presente siempre á los ojos del Eterno Padre, tuviese abiertas las puertas del Reyno de Dios.

Grabemos pues profundamente en nuestras almas esta gran verdad y de tanto consuelo; á saber, Jesucristo resucitado ha subido al cielo para prepararnos el lugar de nuestra felicidad eterna. Este es propiamente el dia de nuestra libertad y de nues-

tra gloria: dia, en que las bóvedas celestes, que no se habian inclinado aún para recibir hombre alguno, se abaten, por decirlo así, para servir de trono, no solo á Jesucristo, sino á todos sus escogidos: dia, en que el Rey de la gloria y Señor de las virtudes sube al cielo llevando cautiva á la cautividad misma. Si tenemos pues la dicha de morir en una gracia consumada, no temamos, dice S. Cipriano, ser detenidos en estos lugares subterráneos; porque nuestro divino Reparador ha roto las puertas de estas prisiones tenebrosas, y nuestra alma subirá al cielo en el momento que sea desatada de las ligaduras que la unen al cuerpo; y éste mismo, vaso de la gracia, templo del Espíritu Santo, instrumento de las virtudes y víctima de la mortificacion, acompañará á su alma en el fin de los siglos, en sociedad de mérito y de gloria por una eternidad. ¿Qué destino, qué dignidad, qué excelencia com-

parable á la de subir á reynar con Jesucristo?

Mas para lograr tanta felicidad es necesario, señores, subir antes al calvario con Jesucristo, porque no participaremos de su gloria, sin haber antes participado de sus aflicciones. El hombre por su primer pecado se hizo acreedor á esta pena; ni puede obtener el perdon de su crimen, sin sufrirla con paciencia. El Reyno de Dios, dice Jesucristo, padece violencia, y solo se arrebatá haciéndose violencia. Dios, cuya misericordia es sobre todas sus obras, sin perjuicio de su divina justicia, halló en su Providencia un admirable secreto de su bondad á favor de los hombres, que os ruego grabeis en vuestra memoria.

Desterrados de nuestra patria en este mundo miserable por el pecado, somos como los viajeros que marchan por un camino difícil, hasta que llegemos á nuestro verdadero

término, que es el cielo. No puede á la verdad imaginarse término mas dulce que éste, ni camino mas trabajoso que esta vida. ¿Qué hace pues el Señor cuando nos saca de los continuos escollos que nos rodean en este mundo? Nos hace entrever por medio de la fe la perfecta felicidad de la vida futura, á fin de inspirarnos un ardiente deseo de volver á nuestra patria, por el disgusto que nos causan las penas de nuestro destierro, fortaleciéndonos para sufrir las con paciencia, atendida la esperanza de volver algun dia á nuestro centro. Á este propósito, para realzar mas el resplandor de la gloria que nos tiene prometida si sufrimos con paciencia cristiana las tribulaciones de esta vida, cuando está sobre el Tabór manifestando su gloria, solo habla de los tormentos que debe sufrir en Jerusalén; y en el calvario, para dulcificar la amargura de nuestras penas, nos promete el paraíso.

Todo esto con el designio de que en medio de nuestras aflicciones suspiremos por los bienes eternos, implorando con confianza al que desde la diestra del Padre nos dice: *Venid á mí todos los que estais afligidos y abrumados; yo os consolaré, y aligeraré vuestra carga.*

Adorada sea ¡ó mi Dios! vuestra bondad, y alabada vuestra Providencia; pues sin hacer violencia á nuestra voluntad, sabeis atraernos mezclando amarguras en todas las condiciones de esta vida, corrigiendo y castigando á los que amais, para desprenderlos insensiblemente de lo terreno, y atraerlos con suavidad y fortaleza á la consideracion de los bienes del cielo. Sin esto, dice San Agustin, estariamos en peligro de tomar el camino por término; y las dulzuras de nuestro destierro nos harian insensiblemente olvidar las de nuestra verdadera patria.

En efecto, decid á un cortesano

que goza el favor del príncipe, que abandone la corte, ¿os oirá? ¡Ah! los vanos proyectos que ha formado, las locas esperanzas que ha concebido, le harán mirar como visiones y sueños todos vuestros discursos. Intimid á esta muger profana, que renuncie del mundo, que modere su luxo, que abrace un género de vida correspondiente al pudor, á la modestia cristiana, y al decoro de su sexó. Ninguna impresion le harán tus palabras, porque su corazón está ocupado de las vanas ideas de sus diversiones y placeres. Mas si un rebés de la que llamais *fortuna* trastorna los proyectos de este artificioso político, de este ambicioso cortesano; si la edad ó las enfermedades han robado la belleza de esta muger vana, idólatra de sí misma, de ordinario veréis que uno y otra mudan de sentimiento y de lenguaje.

¡Ó santas aflicciones! qué de preciosos frutos no habeis producido pa-

ra el cielo. Manasés olvidado de Dios sobre el trono, le invoca entre cadenas. Nínive floreciente se entrega á los desórdenes, y amenazada de su ruina por un profeta, se cubre de ceniza y hace penitencia. Israel invoca á los ídolos cuando goza de su poder y magnificencia, y en medio de la cautividad adora al Dios de sus padres. Saulo en el esplendor de su secta persigue á los cristianos, y derribado del caballo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion, y proclama el nombre de Jesucristo ante todas las naciones. Apoyado el mismo Apóstol en estos y semejantes exemplares de la divina Providencia con sus escogidos, dice á los hebreos, que no pierdan de vista á Jesucristo, autor y consumidor de la fe, que sostuvo su cruz con gozo, y está sentado á la diestra del Padre... y que no olviden, que Dios castiga al que ama, y affige á todo el que

recibe por hijo: *Quem enim diligit Dominus castigat...Flagellat autem omnem filium, quem diligit.*

Bendito seais; ó mi Dios! decia el real Profeta, ¡cuán ventajoso me ha sido el que me hayais humillado! Si hubiese siempre gozado de honores y prosperidad, ¿cómo hubiera conocido el precio de los bienes futuros? Encantado con las dulzuras de mi presente felicidad, ¿cuándo hubiera yo trabajado por buscar otra? Mas habiéndome Vos afligido y humillado, me habeis hecho conocer, que no hay verdadera felicidad sobre la tierra. Bendigo pues y adoro la mano omnipotente y benéfica que me aflige. ¡Ó qué sabios, qué felices son, señores, los que conociendo que la verdadera gloria del hombre consiste en conformarse á la imagen de Jesucristo, reciben con voluntad pronta y con humildad de corazón el cáliz de amargura que les ofrece en esta vida! Jesucristo, decia Ter-

tuliano, fué un Varon de dolores antes de ser reconocido por Dios de gloria y magestad; ni entró en el cielo sino despues de haber sufrido los oprobrios del calvario.

Levantad pues, ¡almas afligidas! levantad los ojos de vuestra fe, y considerad que el que os ha precedido en el camino de la cruz es vuestro Maestro, vuestro Salvador y vuestro Juez. Seguidle con esfuerzo y fidelidad, acompañándole con la cruz de vuestras aflicciones, porque ellas deben animar y fortalecer vuestra esperanza de subir al cielo; y esta esperanza misma debe confortar vuestra paciencia en los trabajos de esta vida. Segunda reflexión de este discurso, que expondré con la posible brevedad. Renovad vuestra atencion.

II. Los medios que nos conducen á un fin, segun la regla de la moral, mudan en cierto modo de naturaleza, para participar de la del fin. Asi las



alegrías mundanas, que en sí mismas son bienes, se convierten en males respecto del infierno, adonde conducen de ordinario al pecador. Igualmente las aflicciones y penas de esta vida, que en realidad son males, se convierten en bienes respecto del cielo, adonde conducen á los que saben hacer buen uso de ellas. El Salvador confirma este principio, cuando para fortalecer á sus discípulos, tristes á presencia de los trabajos que debían sufrir en esta vida, les dice, que su tristeza se convertirá en gozo. Para dulcificarles asimismo el dolor que debía causarles su ausencia en este día, les anuncia que le verán dentro de poco tiempo. Conducido el Apóstol por estos invariables principios, nos exhorta, no solo á sufrir las tribulaciones con paciencia, sino á tolerarlas con la alegría que debe inspirarnos la esperanza, según la expresión de S. Pablo, que protesta de sí mismo, abunda en gozo en todas

sus tribulaciones, y que solo se gloria en la cruz de Jesucristo.

¡Que no pueda yo ni aun bosquejar la pintura de la inefable felicidad que promete Dios á las almas afligidas! ¡que no pueda correr por un momento el velo que nos oculta á este Señor de magestad, rodeado de innumerable multitud de ángeles y santos que le colman de bendiciones! ¡Qué amables os parecerían las tribulaciones de esta vida, á presencia de tan gloriosas recompensas! ¡cuánto amaríais la pobreza de espíritu, origen de tantas riquezas! ¡cuánto unas aflicciones que terminan en tantos placeres! ¡cuánto unas humillaciones coronadas con tanta grandeza! Mas quién podrá esprimir lo que ni aun concebir es posible? ¿Quién es capaz de penetrar, como se explica el Apóstol, lo que ni el ojo vio, ni oyó el oído, ni cabe en la idea del hombre? Pero me atrevo á decir, apoyado en el espíritu de la

religion, que corresponde á nosotros animar nuestra fe en todas las aflicciones que nos ocurran, para conocer que en el buen uso de ellas consiste nuestra felicidad. Ellas en efecto nos son enviadas por Dios ó en castigo de nuestras culpas, ó para estímulo de penitencia, ó para expiación de nuestro reato, ó para aumento de nuestra piedad. En todas estas hipótesis debemos bendecir la mano que nos affige, tolerando con paciencia, en consideracion á las promesas eternas, que deben servir al affligido de un verdadero consuelo.

En efecto, cuando un hombre, reducido á extrema indigencia, ve por otra parte tantos bienes disipados por la vanidad, luxo y sensualidad de los poderosos, ¿qué le puede consolar en este estado sino la esperanza de gozar riquezas eternas en el cielo, como el mendigo Lázaro, al paso que estos ricos sensuales y desapiadados carecerán de una gota

de agua con que refrigerar sus fauces, como sucedió al epulon del Evangelio? Cuando esta viuda oprimida sufre á la puerta de un juez inflexible los ultrajes de un doméstico insolente, que ni aun lamentarse de su miseria le permite, ¿quién puede sostenerla en esta prueba tan dura sino las promesas del declarado protector de las viudas y los huérfanos, que vengará algun dia esta injusticia, y enxugará las lágrimas de los afligidos? Cuando este hombre naturalmente moderado, incapaz de cometer estas baxezas indignas, que atraen de ordinario la proteccion de los grandes, enemigo de estas adulaciones y solicitudes importunas, que suelen ser el medio de conseguir las recompensas debidas al verdadero mérito; cuando este hombre, digo, se ve sacrificado por el interés, recusado por el favor, obscurecido por la envidia, suplantado por la cabala, ¿qué otro recurso le queda

sino conocer que el mundo ama á los suyos; que el verdadero mérito para los ascensos consiste en ser digno de ellos; que el reyno de Jesucristo y de sus verdaderos discípulos no es de este mundo, y que si Dios le ha humillado por sus inescrutables juicios, es para que aliente su paciencia con la esperanza de los bienes eternos?

Estas son, señores, las consideraciones que deben alentar á un alma afligida. La afectada constancia de los paganos, en sus desgracias, no era mas que una vana ilusion. Los esfuerzos de su soberbia filosofia solo podia conciliarles un ridículo exterior de paciencia. Su corazon estaba tanto mas poseido de dolor y desesperacion, quanto menos osaban lamentarse. Mas un verdadero cristiano, convencido del espíritu de su religion, y acostumbrado á mirar las cosas con los ojos de la fe, descubre muchos escollos en las gran-

dezas; en las riquezas, en los placeres, que miran como su felicidad los mundanos; y asimismo en las humillaciones, persecuciones y miserias de esta vida, toleradas con paciencia, comprehenden ciertos gages de la gloria eterna. ¡Con qué indiferencia, por no decir horror, miran las falsas caricias del mundo! ¡con qué resignacion, con qué alegría no reciben estos golpes, estas tribulaciones con que la benéfica mano de Dios los visita! Dios, dicen con sumision, Dios me tendrá en consideracion el menosprecio que sufro, las burlas que tolero, el frio, la indigencia que padezco. Esta es la expiacion de mis culpas, y digno castigo de ellas.

¿Qué mas se necesita para dulcificar las mayores amarguras? El consuelo que dan los hombres adormece el dolor por algun tiempo. Mas la consolacion que producen estas ideas dulcifica la amargura hasta

su raíz; pues aunque nos dexen algun sentimiento de nuestros males, para exercicio de la paciencia, llenan el fondo de nuestra alma de una especie de alegría interior, que la hace decir con el Profeta: *Cuando te invoqué, Señor, dilataste mi corazón.*

Por mas ventajosas que sean las aflicciones, me diréis, siempre es duro pasar por la prueba de ellas, y la naturaleza flaca no las tolera sin mucho trabajo. Yo, señores, no os pretendo insensibles por una afectacion estóica. Mas si á la luz de la fe examináis estas pruebas, por mas duras que os parezcan, conoceréis que os son necesarias para la salud eterna, y este conocimiento debe dulcificar su amargura. La adversidad, por exemplo, os priva de vuestras riquezas. ¿Pero de qué riquezas? De riquezas, que tal vez habeis adquirido injustamente; de riquezas de que habeis abusado, invirtiendo

en luxo y en satisfacer vuestra avaricia lo que Dios habia confiado para alimento de los pobres; de riquezas que Jesucristo ha reprobado, y que la muerte acaso os quitaria bien presto. Una revolucion os priva de los empleos. ¿Pero de qué empleos? ¿ó mi Dios! de unos empleos solicitados por ambicion, adquiridos por intrigas, y administrados con orgullo. La adversidad ha trastornado vuestra mesa. ¿Pero qué mesa? Una mesa como la de Baltasar, donde reinaba la licencia, la embriaguez y la desenvoltura, y donde la abundancia misma, y la delicadeza de los manjares, os hacia insensibles á la indigencia de los pobres. Vosotros habeis perdido un hijo muy amado. ¿Pero qué hijo? Un hijo á quien idolarrábais, á quien todo era permitido, cuyas malas inclinaciones disimulábais, ó por mejor decir, canonizábais, por cuya colocacion sacrificábais vuestro reposo, y

aun vuestra conciencia, poniendo mas conato en instruirlo en las máximas del mundo, que en las del Evangelio. *¶* Porqué os lamentais pues de las tribulaciones que os afligen? *¶* Ignorais, dice S. Agustin, que ellas son un remedio que Dios misericordiosamente os aplica? Ellas son enviadas para vuestra correccion, no para nuestro mal. Esperad pues con paciencia, dice el apóstol Santiago, esperad el momento en que vendrá Dios á coronaros. Consideraos como el grano de trigo, que debe podrirse en la tierra antes de llevar fruto. Es necesario sembrar lágrimas, para recoger gozos. Sembrad con confianza, que Dios es fiel en sus promesas, y á su debido tiempo premiará vuestra tolerancia, enxugará vuestras lágrimas, y coronará vuestra paciencia. Entrad, señores, os ruego, en el espíritu de nuestra religion, y conoceréis desde luego, que las afflic-

ciones de esta vida deben fortalecer nuestra esperanza de subir al cielo con Jesucristo á poseer los bienes eternos, y que esta esperanza misma debe dulcificar nuestros trabajos, y sostener nuestra paciencia. Miremos pues todas las desgracias que el Señor nos envia, como otras tantas voces que nos dicen: tú no has sido criado para este mundo: tu patria es el cielo: allí está la ciudad permanente, la verdadera riqueza, el gozo, el reposo eterno. Contemplad á los ángeles que os admiran, al Salvador del mundo que os descubre sus llagas, y que desde el seno de su gloria parece deciros: ved lo que el cielo me ha costado; esta era mi herencia, y la he rescatado con mi sangre: este era mi dominio, que me pertenecía de justicia, y lo he conquistado por la fuerza y la violencia: los santos que me acompañan en la gloria me han seguido antes en las humillaciones y trabajos.

Hacedme pues inseparable compañía en llevar con paciencia la cruz de vuestra aflicción en este mundo, si quereis ser conmigo coronados en la patria celestial. Yo os la deseo. Amen.

DIXE.

## SERMON VIII.

Para el día de Pentecostés.

*Cum complerentur dies Pentecostes, miserant omnes discipuli pariter in eodem loco, et factus est repente de caelo sonus tamquam aduenientis Spiritus vehementis, et replevit tam domum ubi erant sedentes. Act. c. II.*

SEÑORES:

El misterio de este día representa á nuestro espíritu la admirable vision que nos refiere S. Juan en su Apocalipsi. Este amado Evangelista nos propone á la celestial Jerusalén, como una Esposa que descende del